

El Diálogo y la Organización Social

Por

Jorge A. Sanguinety

Perdón, este artículo no trata del “diálogo” sino del diálogo. Deseo usar la acepción tradicional del diccionario para poder elaborar un argumento que me parece importante e interesante y que no tiene que ver necesariamente con el “diálogo” o sea, el ejercicio por medio del cual algunos cubanos exiliados intercambian o desean intercambiar ideas con los actuales gobernantes de la Isla.

Lo que aquí me ocupa es una observación de Ortega y Gasset que aparece en su *España Invertebrada*. Se preguntaba el filósofo, “¿Cómo va a haber organización en la política española, si no la hay ni siquiera en las conversaciones?” Se refería entonces (1921) a aquella forma de desarticulación de la nación española que se expresaba en sus divisiones regionales y que él correlacionaba con el estilo predominante de diálogo entre sus compatriotas. De inmediato, la pregunta nos hace pensar en el modo desorganizado que prevalece en los diálogos entre muchos cubanos.

Uno de los síntomas más visibles de la desorganización de tales diálogos es la frecuencia con que los interlocutores se interrumpen mutuamente. Muchos cubanos encuentran casi imposible dedicarse a escuchar los argumentos del prójimo para tratar de comprenderlos antes de interrumpirlos con alguna objeción o calificativo. A menudo, la interrupción surge antes de que llegemos al verbo de la primera oración, simplemente porque nuestro interlocutor no está de acuerdo con el adjetivo que utilizamos y desea criticarlo, calificarlo o modificarlo.

En tales circunstancias, e incluso en aquéllas más afortunadas en que alcanzamos llegar al predicado, el diálogo corre el peligro de desviarse marcadamente de su orientación inicial: en vez de analizar la conclusión del silogismo, tenemos que iniciar la defensa de las premisas aún cuando las mismas hayan sido expuestas explícitamente como hipótesis, como parte de un experimento mental. Es aquí donde precisamente comienza el proceso de desorganización del diálogo.

En lugar de que la conversación alcance algún fin útil, se convierte en un viaje por un camino zigzagueante, lleno de cambios bruscos y arbitrarios, perdiendo el intercambio su sentido de rumbo, si es que alguna vez lo tuvo. Lo que son proposiciones empíricamente verificables no se distinguen de los supuestos y en el fragor del ejercicio hasta la lógica acaba siendo castigada. En estas condiciones, el diálogo se convierte en un ejercicio de esgrima lingüística, generalmente pueril, dejando de ser un instrumento de razonamiento colectivo y de generación de consenso.

Si a esto añadimos una cierta dosis de complejidad temática, la cosa empeora. Un tema complejo requiere varias oraciones y, por ende, más de un verbo, varias cláusulas, dos o tres puntos y algunas pausas. Si la probabilidad de llegar al primer predicado era baja antes, ahora es prácticamente nula. Si, además, nuestro interlocutor—peor todavía si es más de uno—es de los que en lugar de escuchar lo

que uno dice se dedica a pensar en cómo responder desde que uno articula la primera palabra (aunque él o ella no sepa lo que se va a decir), la causa está perdida.

Pero, si encima de la complejidad temática agregamos un ingrediente emotivo como cuando tratamos tópicos de tipo político, ideológico o étnico, es cuando el cubano crea la excepción a la regla “hablando la gente se entiende”. Por supuesto, que me estoy refiriendo a los diálogos o conversaciones “serias”, o sea, aquéllas que persiguen un fin determinado, una cierta convergencia concensual, aún cuando efectivamente tenga que seguirse un camino difícil.

Parafraseando doblemente a Ortega y Gasset, ¿cómo será posible contribuir a la organización democrática de una Nueva República de Cuba con la desorganización que tiende a predominar en los diálogos entre cubanos? Mi preocupación está centrada en la necesidad de facilitar entre los cubanos los diálogos que contribuyen a elevar el nivel de comprensión colectiva, especialmente sobre aquellas cuestiones que tienen que ver con el futuro de Cuba y con las posibilidades de que el país se libere de la plaga que hoy lo sofoca.

La organización de los diálogos que predominan en una sociedad refleja muchas de las características de esa sociedad, entre ellas, el grado de respeto que existe sobre las ideas ajenas, las formas de razonamiento, los niveles de conocimiento y las formas de adquisición de nuevos conocimientos. Todo esto forma parte del acervo educativo de esa sociedad, acervo que cambia marcadamente de sociedad en sociedad y entre grupos dentro de una misma sociedad.

Creo que se puede postular que el grado de desarrollo de una sociedad está en relación directa al grado de organización de los diálogos entre sus miembros, y, que tanto el desarrollo de sus formas democráticas de gobierno como el desarrollo de sus actividades económicas y sociales igualmente dependen de la capacidad de dialogar eficazmente. El diálogo es un instrumento indispensable en la formulación de contratos de todo tipo, y una democracia es una forma superior de contrato social donde se consigue un equilibrio entre los intereses comunes y los antagónicos de los miembros de la sociedad. Sin diálogos organizados no es posible identificar cuáles son los intereses comunes, y por lo tanto, la acción colectiva para lograr el bien común carece de cohesión o fuerza y fracasa.

Hoy, cuando el derrumbe inesperado del comunismo en los países de Europa Oriental nos ha regalado una expectativa realista de que en Cuba pueda haber un cambio político trascendental en un futuro cercano, es necesario que los cubanos hagan un esfuerzo deliberado por mejorar sus modos de dialogar. ¡Cuánto hemos desaprovechado las libertades que nos rodean en este exilio para mejorar, a través del diálogo ilustrado, nuestra comprensión del cataclismo histórico que cayó sobre Cuba y de las posibilidades de contribuir al establecimiento de una patria verdaderamente libre y justa!

Si al patriotismo inextinguible del cubano, si a su energía e inspiración inagotables pudiéramos sumar la disciplina de un diálogo constructivo, respetuoso y sabio, el futuro de la democracia en Cuba estaría garantizado. La abolición del comunismo en Cuba es una condición necesaria, pero no suficiente, para lograr la patria deseada. Es necesario construir nuevos sistemas jurídicos, económicos y políticos, reunir a las familias divididas y realizar el sueño de nuestros próceres, tan brillantemente expresado por Martí. Eso sólo se podrá lograr mediante la acción colectiva democráticamente concertada.

Hagamos de 1991 el año en que los cubanos libres resolvieron prepararse para el nacimiento de una nueva democracia comenzando con el mejoramiento de sus diálogos. Tengamos en cuenta aquella carta extraordinaria en que John Adams le preguntaba retóricamente a Thomas Jefferson, qué significaba la Revolución Americana. “¿La guerra?” decía y se respondía: “La guerra no fue parte de la Revolución; sólo un efecto y una consecuencia de ella. La Revolución ocurrió en las mentes del pueblo.” Aquellas trece colonias fueron capaces de unirse para liberarse del yugo inglés, pero mucho más difícil fue unirse y fundar la unión después de la victoria militar. Unos cuantos años transcurrieron para lograr que los intereses comunes de los trece estados predominaran sobre los innumerables antagonismos que promovían su desunión. Fue el triunfo conjunto de la razón y del patriotismo. Fue el bello triunfo de ellos. Aunque sea difícil, o algunos piensen que imposible, también puede ser el nuestro.

Diciembre de 1990